

die puede cambiar su destino, ni remediar con sus obras el mal que ha hecho.

Y, sin embargo, vais difiriendo vuestra conversion, como si ese dia no hubiera de tener término, y no hubiese de extinguirse jamás esa luz. No se os oculta, que si la muerte os sorprende en semejante estado, solo os espera una eternidad desgraciada; no se os oculta, que estais pendientes de un hilo sobre un abismo de fuego; y, sin embargo, vivís alegres y contentos en medio de tantos peligros. ¡Oh! si Jesucristo volviese á este mundo, vertería más copioso llanto del que vertió sobre la ciudad de Jerusalem. ¡Infeliz ciudad de Sion! ¿qué no diera por hacerte comprender, toda la felicidad que te dejas perder en ese dia, que va á tener término? ¿qué no diera por hacerte comprender, que ese dia, que se te escapa, segun el uso que hagas de él, te proporcionará una eternidad de dichas, ó una eternidad de desgracias?

Rasga pues, Jerusalem, ciudad de Sion, el velo que te oculta la luz; sal al encuentro de Jesucristo, mientras Jesucristo se adelanta hácia tí; vuelve tus ojos hácia él, mientras se digna mirarte; llora sobre tus iniquidades, mientras Jesucristo llora sobre tí. Así merecerás, algun dia, ver esa otra Jerusalem, tu hermana y compañera, en la que no conocerás el llanto ni el pesar. Esta es la dicha que os deseo á todos. Amen.

## LÁGRIMAS CRISTIANAS.

*Plorabit et flebitis vos... sed tristitia vestra vertetur in gaudium.*

Vosotros llorareis y gemireis... pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.

(JOAN. XVI, 20.)

La vida humana, como que por el pecado está, digámoslo así, fuera de su elemento y de su esfera, no puede dejar de ser, lo mismo para los buenos que para los malos, un valle de lágrimas. La sentencia fulminada por Dios sobre nuestros primeros padres delincuentes,

se verifica siempre en el género humano; y no podemos librarnos de los multiplicados dolores que nos aquejan, ni de comer con angustia el poco fruto que, á fuerza de sudores, nos da la tierra. En vano, el hombre mundano pide á las flores de la tierra, como la abeja, el sustancioso jugo con que presume poder labrar su dulce morada; en el cáliz de esas flores á que aplica sus lábios, no encontrará más que acibar y veneno. En vano, saltando de objeto en objeto, de diversion en diversion, de placer en placer, confía desterrar el tedio y la amargura; despues de un instante de desvanecimiento y de locura, su soñada alegría se convertirá en melancolía y tristeza. Placeres momentáneos, que dejan tras sí una sangrienta y dolorosa huella en la conciencia y en el corazon; esperanzas frustradas en un mar de deseos; deseos tambien insaciables en un océano de esperanzas; tedios causados por el conocimiento de las cosas que se han visto en toda su pequeñez; pasiones excitadas por la concupiscencia, y humilladas por el desengaño; odio á las riquezas, porque no proporcionan la felicidad; y odio á la pobreza, porque impone privaciones; odio á la virtud, porque es rígida, y odio al vicio, porque es tirano. Ved aquí, amados oyentes, el cuadro que presentan las alegrías del pecador. Melancólico, desabrido, áspero y endurecido, ni puede sufrirse á sí propio, ni puede sufrir á los demás. En el fondo de su corazon experimenta siempre una tristeza, que podríamos llamar preludio del tedio y de la desesperacion infernal. El hombre justo y virtuoso, al contrario; derrama lágrimas, pero, se consuela, pensando que, dentro de poco tiempo, su tristeza se convertirá en un regocijo eterno. «Vosotros llorareis y gemireis, decia Jesucristo á sus discípulos, pero, vuestra tristeza se convertirá en alegría, y en una alegría que nadie podrá ya arrebatáros.» Lo propio nos dice á nosotros, que tenemos tambien la dicha de ser discípulos suyos. Nuestra vida ha de ser vida de lágrimas; pero, estas lágrimas pronto se enjugarán, pues son un medio seguro para alcanzar el gozo eterno. Estas son las verdades que me propongo demostraros en este discurso. Ayudadme á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

1. El destino del hombre es la posesion de Dios, que, como bien universal, es el único que puede llenar y satisfacer nuestra voluntad; y como primera y única verdad, es el único que puede iluminar nuestro entendimiento. Solo cuando posee á Dios, puede el hombre decir: este es mi destino, este es mi descanso, ahora soy feliz. Los justos suspiran por la posesion de Dios; no tienen otros deseos que los de agradarle y poseerle; la esperanza de ir un dia á gozarle, les causa

un placer inefable; pero, un recuerdo triste viene á turbar este placer. Yo sé que he pecado, se dice el justo, é ignoro si he alcanzado el perdón de mis culpas. ¿Cuál es mi estado delante de Dios? ¿Soy digno de odio ó de amor? ¿Me ha concedido el Señor su misericordia? ¿Qué sería de mí, si muriese al presente? Hé aquí lo que atormenta á las almas justas y las hace derramar amargas lágrimas. Por eso decía Jesucristo á sus discípulos, y en ellos á nosotros: *Plorabitis et flebitis vos.*

Vosotros, los que habeis cometido gravísimos pecados, cuyo horror debiera infundir en vuestros corazones la mayor tristeza, muy mal conoceis, ó mejor, no conoceis vuestra desgracia, si os reís y os regocijais. Vuestro estado es más deplorable que el de aquel infeliz, que, por órden de su príncipe, tenia sobre su cabeza una espada pendiente de un delgado hilo; pues bien, vuestro Dios, irritado, tiene ya levantada la mano para descargar sobre vosotros un golpe, que os sepulte en los infiernos. ¿Qué lugar puede servir de asilo, ó de sagrado á su justicia? Si subís á los cielos, los cielos son su corte; si bajáis al infierno, en el infierno tiene dispuestos los castigos. No se puede aprobar la conducta del desesperado Cain, que, luego de conocer la maldad que habia cometido dando muerte á su hermano Abel, como si no pudiera alcanzar de Dios el perdón, y como si hubieran de matarle cuantos le encontrasen, anduvo errante por el mundo; pero, mucho ménos puede aprobarse la serenidad de los que, despues de ofender gravemente al Señor, se divierten y se rien. El angélico maestro santo Tomás, no sabia concebir, que los hombres, estando en desgracia de Dios, pudiesen alegrarse. Y el real profeta David extrañaba tambien, no las riquezas, las honras, ni la prosperidad de los pecadores, sinó la paz y el sosiego en que vivian: *Pacem peccatorum videns* (PSALM. LXXII, 5).

Este rey penitente, que advertido de su culpa por el profeta Natán, prorumpió en lágrimas, que jamás se enjugaron; ¡Dios mio! exclamaba con frecuencia; ¡Dios mio! la más profunda tristeza, el más amargo dolor de haberos ofendido, no solo abate mi espíritu, sinó que abruma mi cuerpo. La memoria de mis pecados no permitirá la entrada en mi alma á la alegría ni al regocijo. Cuanto más considero el motivo de mi pena, tanto más me aflijo; ni la esperanza de que me habeis perdonado puede enjugar mis lágrimas; al contrario, las multiplica; pues, tanto más grave me parece la injuria que os hice, cuanto más me anima la misericordia que usais conmigo. Este ejemplar nos demuestra, hermanos míos, que nuestros pecados nos condenan en esta vida á un continuo llanto.

Pero, aún cuando no hubiésemos cometido culpa alguna mortal, tendríamos bastante motivo para llorar en la incertidumbre de nuestra salvacion, y en la gran dificultad que hallamos para conseguirla. Los israelitas, viendo los riesgos á que estaban expuestos en su viaje á la tierra de promision, se entristecieron tanto, que, segun refieren los sagrados Libros, llegaron á desearse la muerte; siendo así, que tenian la seguridad de que no dejarían de llegar á ella. Nosotros, hermanos míos, por fieles que háyamos sido, somos interinos en la tierra, caminamos hácia el cielo, que es nuestra patria, y á cada paso, nos asaltan en el camino los enemigos de nuestra felicidad. ¿Tenemos seguridad de llegar á nuestra verdadera patria? ¿Hemos ya sofocado la vanidad de suerte, que no sintamos algun amor ó apego á las glorias del mundo? ¿Hemos vencido al enemigo infernal de modo, que no pueda volver á acometernos? ¿Hemos domado nuestras pasiones de suerte, que no puedan rebelarse? Pues ¿por qué nos reimos y nos alegramos? Lloremos las injurias que hemos hecho á nuestro Criador. Lloremos, porque estamos inciertos de que nos hayan sido perdonados nuestros pecados. Lloremos, porque estamos en peligro de perder la felicidad eterna. Lloremos de lástima, de que la risa de los mundanos se convertirá en un perpétuo llanto. Lloremos, en fin, para que nuestras lágrimas nos acarreen una eterna alegría: *Tristitia vestra vertetur in gaudium.*

2. No pretendo persuadiros, hermanos míos, que debeis entristeceros de modo, que os hagais desapacibles á vuestros prójimos, cosa propia de los pecadores, que en sus enfermedades y desgracias se afligen, de que no gozan de los depravados gustos que apetecen; y propia tambien de los que, con una gravedad afectada, con lúgubre sobrecejo, y con un semblante tétrico, espantan á cuantos les miran ó les tratan. Semejante tristeza se opone directamente á la caridad recíproca, con que, segun las leyes del Evangelio, debemos amarnos mutuamente. Solo pretendo persuadiros, de que debeis entristeceros con una tristeza cristiana, ó, digámoslo así, apacible y risueña, propia de los santos, que con las lágrimas que derraman por sus pecados, ó por los ajenos, alegran á los mismos que convierten, propia de los cristianos de los primeros siglos, que eran la admiracion de los gentiles. ¿Qué hombres son estos, exclamaban los paganos, que al mismo tiempo que nosotros los atormentamos con garfios y con eucleos, ó ellos se mortifican con ayunos y cilicios, rebosa en sus rostros la alegría? No se dejan ver en los teatros, en los circos, ni en otros regocijos públicos, y están muy contentos. Cuando los buscamos en los desiertos en que habitan, pensando encontrar en sus cuevas unas

fieras que espanten, hallamos unos hombres, que al paso que derraman lágrimas, pronuncian las más dulces y afectuosas palabras. No puede decirse que están locos; pues hablan con más libertad y acuerdo que nosotros. Tampoco se les puede llamar desventurados, pues se alegran en sus propias desgracias. Es preciso afirmar, ó que hay algún encanto oculto que los embelesa, ó que ese Dios, á quien con tanta fineza sirven, les alivia sus penas, les consuela en sus trabajos, les alegra en medio de su desconsuelo.

Tambien vosotros, hermanos míos, podeis adquirir con vuestras lágrimas la misma verdadera alegría que tuvieron aquellos santos. Mientras lloreis con el espíritu con que ellos lloraron, se esparcirá cierta suavidad en el fondo de vuestra alma; cierto disgusto de vuestra vida pasada ós hará parecer dulce la nueva vida que emprendeis. Las lágrimas que os haga derramar una tristeza penitente, serenar las borrascas de la conciencia, apagan en el corazón el servil miedo de las penas del infierno, y son primicias del mayor gozo: *Tristitia vestra vertetur in gaudium.*

Os he hablado hasta ahora, hermanos míos, de la alegría que experimentan los que se entristecen en esta vida; hablemos tambien de la que gozareis despues de la muerte. Aquella será una alegría verdadera. ¡Poseer á Dios, sin la contingencia de perderle! ¡Estar en el seno de Dios, sin riesgo de apartarse jamás de él! ¡Gozar de Dios, y de sus infinitas perfecciones, sin miedo alguno de su poder y de su justicia! ¡Qué dicha! ¡qué felicidad! ¡qué mudanza tan admirable de vuestra tristeza en un regocijo, que ni podemos explicar, ni concebir! La sola esperanza de tanta dicha llenaba de gozo á los apóstoles, y los hacia insensibles á los destierros, cárceles y muertes. Y su esperanza debe bastar, hermanos míos, para alentaros, en medio de la tristeza, que ha de convertirse en posesion de lo que esperais. El mundo lisonjea á unos, con la esperanza de que han de conseguir las primeras dignidades por la carrera de las letras; á otros, que han de alcanzar las mayores honras por las armas; á aquéllos, que han de enriquecerse en el comercio; y con estas promesas, hace apetecibles las molestias del estudio, los trabajos de la guerra, y los riesgos del mar. Pero; ¿qué tienen que ver las dignidades, las honras y las riquezas que promete el mundo, con las que ofrece Jesucristo en los cielos, á los que lloran y padecen en la tierra? No os parezca, pues, áspero el camino de la virtud, que os llama directamente al cielo. Id por él como iban los apóstoles, sembrando lágrimas, para volver luego á coger copiosos frutos de alegría. No os parezca largo; nuestra vida, comparada con la eternidad, que nos aguarda, no es más que un mo-

mento. Entrad en este camino, y bien pronto llegareis al fin, para el cual hemos sido criados.

No teneis que pensar, hermanos míos, que os sea posible alcanzar los regocijos del cielo, sin renunciar ántes á los de la tierra. Fuera antojo pretender, gozar de los placeres de este mundo y de los del otro. Ni fuera justo, que los que ponen todo su cariño en las cosas de la tierra, alcanzáran el reino de los cielos. Este está destinado para los que, haciéndose violencia á sí mismos, se desprenden del amor propio, y, principalmente, para los que lloran y gimen. Llorad, hermanos míos, llorad sin interrupcion; ya vendrá el día, en que el mundo, que ahora tanto se alegra, reconocerá su locura; día vendrá, en que, arrepentido de haberse burlado de vuestras lágrimas, envidiará vuestra dicha. Escuchad lo que dicen los mundanos en el libro de la Sabiduría: «Los justos fueron el blanco de nuestros escarnios, nosotros los proponiamos como un ejemplar de oprobio; ¡insensatos de nosotros! Su conducta nos parecia una necedad, y su muerte una ignominia: ¡mirad como son contados en el número de los hijos de Dios, y como su suerte es estar con los santos! Luego, descarriados, hemos huido del camino de la verdad; no nos ha alumbrado la luz de la justicia, ni para nosotros ha nacido el sol de la inteligencia. Nos hemos fatigado en seguir la carrera de la perdicion. ¿De qué nos ha servido nuestra soberbia? ¿Qué provecho nos ha traído la vana ostentacion de nuestras riquezas? Pasaron como sombra todas estas cosas, y como mensajero que va en posta (SAP. V, 3 ET SEQ.)» Llorad, pues, á los piés de Jesucristo, si deseais ser eternamente dichosos.

¡Amabilísimo Jesús! El mundo me brinda con sus regocijos y placeres, y vos me imponeis el llanto y la pena. Más quiero llorar con vos, que reir con el mundo. Solo las lágrimas pueden lavar y purificar mi espíritu. ¡Felices lágrimas! Ojos míos, llorad, y, si puede ser, anegaos en lágrimas, para borrar mis culpas. ¡Dios mio! sin vuestra gracia, ni se ablandan nuestros corazones, ni se humedecen nuestros ojos. Derramad, pues, sobre nosotros la lluvia de lágrimas, que teneis reservada para los que os aman, para que con ellas alcancemos el perdon de nuestros pecados, y merezcamos, despues, veros cara á cara, y ser con vos eternamente dichosos. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

LÁGRIMAS.—Nuestra alma se purifica con nuestras lágrimas, cuando las derramamos por amor de Jesucristo.

Nuestra alma se vuelve aún más impura con nuestras lágrimas, cuando el amor del mundo es causa de que las derramemos.

**LÁGRIMAS.**—Hemos de ser insensibles á las lágrimas de los pecadores.

Debemos dejarnos conmover por las lágrimas de los santos.

Debemos derramar lágrimas para mezclarlas con las lágrimas de Jesucristo.

**LÁGRIMAS DE LOS PENITENTES.**—El primer motivo de sus lágrimas debe ser, el dolor de haber ofendido á Dios.

El segundo motivo de sus lágrimas debe ser, la alegría de haber reconocido sus extravíos.

**LÁGRIMAS DE LOS PENITENTES.**—Con sus lágrimas lavan todas sus manchas.

Con sus lágrimas dan alegría á los ángeles.

**LÁGRIMAS DE LOS PENITENTES.**—Con las lágrimas apagan el fuego de la divina justicia.

Con las lágrimas apagan el fuego del infierno.

Con las lágrimas apagan el fuego de su concupiscencia.

**LÁGRIMAS DE LOS PENITENTES.**—Sus lágrimas atraen las gracias, que ha sembrado Jesucristo en su corazón para convertirles.

Sus lágrimas multiplican sus buenas obras.

Sus lágrimas son lluvia, que sazona los frutos de su penitencia.

**LANGOSTA**; véase: **ROGATIVAS PARA LANGOSTA.**

**LASCIVIA**; véase: **DESHONESTIDAD, IMPUREZA, SENSUALIDAD, HIJO PRÓDIGO.**

**LATROCINIO**; véase: **HURTO É INJUSTICIAS.**

Véase: **TRISTEZA CRISTIANA.**

---

## LÁMPARAS.

---

*Præcipe filiis Israel, ut afferant tibi oleum de olivis purissimum ad concinundas lucernas.*

Manda á los hijos de Israel, que te traigan aceite de olivas, el más puro para hacer arder las lámparas.

(LEV. XXIV, 2.)

La Iglesia de la tierra, esta divina Esposa de Jesús, ha deseado siempre parecerse á la Iglesia del cielo, á la cual considera como á hermana primogénita. Hasta que en la eternidad forme con ella una sola Iglesia, teniendo á Jesús por único Jefe, procurará imitarla, tanto como se lo permita su condicion de viajera en este valle de lágrimas.

El mismo Jesús, á quien los ángeles adoran en todo el esplendor de su gloria, reside sobre nuestros altares, oculto bajo los velos misteriosos de las especies sacramentales, y la Iglesia militante que lo posee, desea que sus hijos, acá en la tierra, le tributen homenajes que no cedan en nada á los homenajes de adoracion, de reconocimiento y de amor que los espíritus angélicos le rinden en la patria celestial.

El discípulo muy amado, que estuvo tan deliciosamente recostado sobre el corazón de su divino Maestro, nos asegura; que vió en los cielos á Jesús, sacerdote y víctima, en medio de siete candeleros de oro, que ardian siempre delante del trono del cordero. Pues bien; siendo la Iglesia militante una imágen de la Iglesia triunfante, el espíritu de Jesús, que es el espíritu de su Iglesia, al mostrar á san Juan los misterios de la celeste Jerusalem, debió inspirar á la Iglesia de la tierra el deseo de imitar á la del cielo, manteniendo lámparas siempre encendidas delante del divino Tabernáculo, que es el trono del cordero inmolado. Del uso que la Iglesia hace de las lámparas voy á ocuparme en este discurso; pidamos la gracia. A. M.

1. El Espíritu Santo, al dar la Ley de la antigua alianza, figura de la Ley nueva, ordenó á Moisés, que mandára á los hijos de Israel llevarsen aceite de olivas, el más puro y clarificado, para hacer arder siete lámparas delante del tabernáculo, donde estaba encerrado el maná en un vaso de oro, con obligacion, por parte del gran sacerdote Aaron y